

pedazo de tierra para instalar sobre él un pueblo. Los pioneros fueron John Craign, John Crisholm y John Martin, a los que se habían unido otros, especialmente Ted Isom, un hirsuto explorador, famoso por otra razón: fue el primer blanco que llegó al condado de Lafayette como negociante de un arriesgado *trading post* fronterizo en la civilización india.

Pero cuando Oxford llegó a ser la Jefferson de las familias aristocráticas de plantadores de algodón y esclavistas, algo pulverizó la paradisíaca explotación: la guerra de Secesión. La violencia destruyó a los hombres de la violencia.

Después de la guerra, John Sartoris ya no será un personaje de novela: tendrá en *Los invictos* un monumento en el centro de la ciudad.

Las grandes familias detentarán todavía un falso poder; Sartoris construye su ferrocarril y se instala en su Banco. Sin embargo, el cisma ya estará desatado en su propia clase y se llamará decadencia. Ike Mac Caslim abandona su parte en la herencia para escapar a la maldición, en tanto Quentin Compson comienza en *Absalón, Absalón* la trágica meditación que lo llevará al suicidio en *El sonido y la furia*.

Oxford es hoy todavía el escenario de los pensamientos incestuosos de Henry Sutpen, que Quentin descubre a través de los relatos difíciles de Rosa Coldfield y de su propio padre en *El sonido y la furia*. Jefferson ya estaba sumida en el ciclo recurrente y maldito.

Entre 1920 y 1940, el poder se escapó definitivamente de las manos de las viejas familias. Esos años marcaron el ingreso de los Snopes: Flem se instala en la banca de los Sartoris, mientras otro Snopes será ministro del Senado y del Estado.

Los memoriosos de Oxford o las novelas *Luz de agosto*, *La ciudad*, *Santuario* o *El sonido y la furia* recuerdan los desastres individuales de las viejas familias, las peripecias del naufragio de una casta. Los supervivientes son víctimas de la tragedia o reducidos al papel de testigos desesperados, como Horacio Bembow o Gavin Stevens.

La ciudad—esta ciudad—intenta, sin embargo, una liberación; el asesinato de Flem Snopes a manos de su primo es algo más que un crimen, es un símbolo. El mundo del provecho se elimina y la historia parece abrirse hacia otro inesperado nivel más humano. Pero esa historia—que cuenta *La mansión*—es abruptamente interrumpida: Faulkner muere antes de haberla liberado totalmente en la ficción. La realidad se encargará de ayudarlo póstumamente: Oxford será el escenario sangriento donde la liberación de los negros tendrá algunos de sus capítulos más trágicos en la década del sesenta. Oxford se hará famosa por algo más que Jefferson. Alguien recordará el barrio negro, Freedman Town, de *Luz de agosto*, avanzando hacia el centro

intocado de los blancos, borrando las líneas divisorias del mismo William Faulkner, pasando sobre su propia tumba en el cementerio, donde Gavin Stevens cree todavía salvar «la resistencia del viejo poblado, concentrada alrededor de dos símbolos: la cruz de los vivos en la iglesia, la de los muertos en el camposanto».

Ahora puede parecer fácil, al recorrer las calles de Oxford, reconocer el mundo de Jefferson. Sin embargo, antes de la proyección novelesca debía ser una pequeña sociedad provincial sin muchos alicientes. Recelosas, las familias aparentemente respetables debieron esconder con cuidado las historias que todos—y William Faulkner—conocían: las intrigas tomando el lugar del amor, la ambición disputando a la pasión, la ambigüedad de las relaciones familiares, la licenciosidad presentada como virtud. Una sociedad provincial que, como el Chaminadour de Jouhandeau, sirvió de punto de partida para una magnífica construcción novelesca. El microcosmos del Sur de los Estados Unidos, al cristalizarse en ficción, se proyecta hacia el mundo como un símbolo universal de las pasiones humanas exasperadas al grado más rico que su propia ruina y desolación permiten.

William Faulkner —con una Biblia y las obras completas de Dostoyevski en su biblioteca— opera ese extraño milagro genial desde la misma Oxford. Su casa—la famosa Rowen Oak, convertida hoy en centro de un continuo peregrinaje de admiradores— está a cinco cuerdas del escenario central de sus tragedias. Y la vieja mansión es también un círculo concéntrico del mismo universo donde se mezcla la ficción y la realidad: tiene su propia historia, unida a la de Oxford, superpuesta a la de Jefferson. Allí también puede ir el visitante «intruso».

En el centro de un gran terreno de ondulante pasto verde y ensombrecida por una amplia avenida de viejos cedros se levanta la vieja casona. Fue construida en 1840, y se aparece como escapada de un nostálgico grabado típicamente sudista: frente blanco con altas columnas tradicionales, verandas cubiertas y ventanales abiertos a balcones en los dos lados. Construida en un estilo colonial típico, como lo es su réplica novelesca en *El sonido y la furia* o algo más recargadamente suntuosa en *La mansión*, Rowen Oak tiene también algo de común simplicidad, que la propia personalidad de Faulkner logró diferenciar particularmente. Es tal vez en el jardín del fondo donde pueden reconocerse algunas de sus preocupaciones: el gusto por los rosales, los matorrales recortados con variadas formas al estilo de los jardines italianos y un peral de origen japonés, sobre el que pesa una leyenda cierta.